

Entre el Fin de la Segunda Guerra Mundial y la llegada de la Covid-19

Por Carlos Baltés

En el periodo de tiempo que abarca el título de esta nota se dan diversos paralelismos y también divergencias. En ese plazo muere un mundo y nace otro muy distinto. Las formas de vida que nos eran familiares han sido y serán sustituidas por otras muy diferentes. Trataremos de razonar el porqué de ello.

En efecto, vivimos bajo los efectos de una bomba silenciosa: el “coronavirus”, que ha llegado de Oriente. Sus efectos no implican una explosión horrrisona con la subsiguiente emergencia de una corona de polvo letal que oculta en los primeros momentos el desastre producido, sino que se mueve con un crecimiento soterrado aunque de carácter exponencial, que interrumpe y transforma nuestra vida tal y como la habíamos conocido hasta ahora. La enfermedad Covid-19 es capaz de acabar con las vidas humanas sin destruir edificios, fábricas, carreteras, jardines y monumentos. Ahuyenta a las personas de sus lares de relación habituales y deja, tras los confinamientos humanos, que los animales se muevan a sus anchas por ciudades y campos. Ya apenas hay polución, ni ruidos, ni gentes. Sólo silencio y soledad, y eso indica que se vive cerca de la muerte. Cerca de 300.000 personas han muerto en todo el mundo cuando escribimos estas líneas.

Por el contrario, en el final de la Segunda Guerra Mundial las mortíferas bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki fueron muy diferentes: los estallidos nucleares con sus nubes de hongos atómicos en el horizonte, la devastación generalizada, la terrible radiación permanente durante largo tiempo, la sangre, el dolor y la desesperación. Todo ello apiñaba a las gentes, que morían en brazos de sus semejantes en un número cercano a las 300.000 personas a lo largo de los años. Aquellas bombas cayeron entonces precisamente en Oriente, y en estos días se cumple el Septuagésimo Quinto aniversario del final de aquella contienda universal que es ya un recuerdo. Fueron bombas muy destructivas, pero acabaron con la guerra en el Pacífico al convertirse también en un arma psicológica de gran poderío que trajo el armisticio en esa región del mundo.

Hemos visto algunas divergencias entre ambos desastres, aunque la pandemia actual está viva todavía y permanecerá en el inmediato futuro. A la hecatombe sanitaria que padecemos seguirá la devastación económica, que afectará de manera muy importante a las diferentes economías del mundo. Al daño personal y material habrá que añadir los cambios geoestratégicos mundiales que desde el principio ya están operando llenando de incertidumbre las decisiones políticas y socioeconómicas. ¿Qué se puede decir ante esta situación?

Establezcamos alguna perspectiva primero. El Mundo era muy diferente durante los grandes conflictos bélicos de principios y mediados del siglo XX. La evolución de los acontecimientos estaba regida entonces por *progresiones aritméticas*, es decir, una sucesión de números en donde las diferencias entre los términos de su secuencia era constante. Lo que ocurría en ese mundo podía ser explicado por una sucesión numérica de este tipo a través de *la suma*. El mundo real, el mundo físico se adaptaba entonces al ritmo de una progresión aritmética. Pero nuestro mundo, a medida que nos acercábamos

al final del siglo XX, cambió. De modo que la evolución de las cosas y los acontecimientos ya no podían ser explicados por las progresiones aritméticas, sino que había que considerar otro tipo de progresiones: las *progresiones geométricas*, que eran las precisas para razonar y comprender la evolución de los hechos del momento; de manera que ya la suma entre los elementos de la serie no servía operativamente para entender y predecir la realidad, sino que el factor de la progresión se obtenía mediante *la multiplicación*. En definitiva, un elemento tenía que multiplicarse por una constante para hallar el siguiente. Esta evolución acelerada se disparaba de tal manera que se hacía inmanejable para las antiguas progresiones, dificultando la predicción y llevando al error en la comprensión de la realidad. Así hemos llegado a nuestros días en donde la aceleración de los acontecimientos ha sufrido un violentísimo empuje en sus comportamientos. La realidad ha cambiado, la revolución tecnológica ha sido potentísima, de manera que el antiguo comportamiento físico natural de otras épocas ha sido sustituido por otra realidad: la realidad digital. Podemos decir, pues, que estamos en un cambio de era que nació a caballo entre los siglos XX y el XXI, como ya hemos dicho en otros lugares, y en este nuevo tiempo la evolución ya no puede ser tratada por una progresión geométrica sino que ha de ser medida y estudiada por el denominado *crecimiento exponencial*. En éste las variables se mueven con arreglo a su valor en cada momento y de forma acumulativa, lo que supone un crecimiento cada vez más rápido; esto se produce a través de una *tasa de crecimiento instantánea a la cual se eleva en potencia el valor de cada momento*. Esto supone un crecimiento explosivo. Las magnitudes crecen desproporcionadamente en su conjunto, aunque proporcionadamente a su valor inmediatamente anterior.

Pues bien, este es nuestro tiempo. En él contamos con elevadas tecnologías que crecen exponencialmente, mientras sufrimos una pandemia como la del coronavirus que se expande exponencialmente también. ¿Podremos reducir primero su crecimiento y después certificar su desaparición? Esa es la pregunta.

Hemos comprobado que la propagación del coronavirus se produce exponencialmente, y de esta manera han ido ocurriendo los contagios entre las personas. Esto se produce así porque la tasa de nuevas infecciones depende del número de personas infectadas previamente. Esta tasa es acumulativa. Sin embargo, cuando el número de personas infecciosas disminuye porque han muerto una parte, o porque están curados otra parte, se verán disminuir los nuevos casos y esa disminución lo hará exponencialmente. Es decir, la tasa de nuevas infecciones depende de la cantidad de personas que ya están contagiadas; y después cuando éstas disminuyen, las nuevas infecciones se reducirán también exponencialmente hasta desaparecer. Esto es lo que ha ocurrido con las curvas que presentó el Instituto de Salud Carlos III a finales de abril de 2020. En ellas aparece la curva de contagios confirmados *por días*. También las curvas *por días* de los enfermos en curso (activos): Hospitalizados, y en UCI, y, por último, la curva de Fallecidos. Pues bien a esas fechas se habían reducido drásticamente las curvas hasta casi desaparecer. El crecimiento inicial de contagios presentó una pendiente muy elevada, habiéndose alcanzado su punto de inflexión hacia el 20 de marzo. Por el contrario la pendiente de caída fue menos empinada. Después de esta evolución de las curvas, los números de contagiados, de fallecidos y de hospitalizados

se encuentran *rastreando el fondo*, si bien queda sometida su marcha a una gran incertidumbre, puesto que se desconoce el estado sanitario real de la gran mayoría de la población, y en cualquier momento, un error de cálculo o una imprudencia en los comportamientos sociales podría desatar un rebrote de la epidemia que podría desatar de nuevo una expansión del coronavirus. De forma que el problema pendiente se fundamenta ahora en los contagiados ocultos que no presentan síntomas o que tienen síntomas muy reducidos, porque los otros, los enfermos en curso están localizados. En cualquier caso, la vuelta a la normalidad exigirá mucha disciplina y prudencia por parte de todos.

En todo caso España es el país del mundo con mayor número de contagiados sobre su población total y también con más fallecidos sobre la población total. ¿Qué ha pasado para que ocurra esto? Claramente, que se reaccionó muy tarde ante la aparición de la epidemia, y en los fenómenos que se desarrollan a través de una progresión exponencial un instante, un minuto, un día que se pierdan puede desembocar en un desenlace fatal. Esto es lo que ocurrió en España al comienzo de la pandemia del coronavirus, que éste se expandió sin ningún control.

También las políticas de reacción fueron insuficientes. Así, los confinamientos -el arma más poderosa junto con los esfuerzos personales de los sanitarios en la pandemia- se retrasaron 15 días respecto al momento que debieron imponerse: el 1 de marzo de 2020. También las medidas de protección: Número y calidad de mascarillas, guantes, respiradores, equipos de seguridad de los sanitarios, medidas de higiene y desinfección, control de ambulantes en aeropuertos, fronteras, etc., resultaron dramáticamente inoperantes. Igualmente pasó con las medidas de previsión y control de la epidemia: Realización insuficiente de test: PCR, IgM, IgG.

Esperemos que la ciencia, y sobre todo las tecnologías, que se mueven como esta pandemia, dentro del mundo de los crecimientos exponenciales, sean capaz de conseguir lo antes posible las vacunas adecuadas y otros medicamentos aplicables, antivirales paralelos, etc., que junto con la expansión de los llamados *anticuerpos de grupo* acaben por derrotar a esta enfermedad venida de China que va trastocar nuestras economías y nuestra forma de vida, pues ya nada será igual. ¡Pero eso es otra historia!

Madrid, 11 de mayo de 2020